

que estaba. Por último, viendo el tío que de ninguna manera se sacaba nada en limpio, solemnemente ofreció quinientos pesos á la persona que le entregara á su sobrina Refugio ó le diera noticias ciertas de ella : se asentó en el juzgado aquella propuesta que el juez autorizó, y ya con esa seguridad quince ó veinte codiciosos partieron por distintos rumbos á buscarla.

— ¿Qué me importan quinientos pesos, decía D. Epitacio hablando consigo mismo, si llego á apoderarme del cofrecito que mi cuñado consideraba en muchos miles, y esa tonta ignora lo que contiene? Ahora por el otro lado, si á pesar de mi ofrecimiento no consigo mi fin, al saber que se busca con tanto empeño, el que se la llevó ha de tratar de ocultarla más, y entre tanto yo puedo llevar adelante mi segundo plan, metalizaré cuanto pueda para que si me chilla el cochino entregue yo las cuentas á mi paladar : por lo que toca al amigo Lorenzo no nos metamos con él, sino que ya que enredé á Plácido, que se desenrede como pueda, y con no activar mucho el negocio iré ganando tiempo; de cualquiera manera salgo bien, y ojalá que jamás vuelva yo á ver á la dichosa sobrina : ya la hice aparecer públicamente deshonrada, ladrona, y está probado que se fugó por la barda, llevándose cuanto he querido suponer.

Mientras que el supuesto raptor sufría tormento para que confesara, el verdadero sentía otro no menos cruel, pues sentado en el suelo sostenía á Refugito entre sus brazos para que la curara el práctico cirujano, y eran los dolores tan grandes que sufría, los gritos tan lastimeros y copioso el llanto con que los acompañaba, que mil veces hubiera querido Lorenzo ser el paciente, que no ver á su querida padecer. Largo rato duró esta operación, y no pudiéndola resistir, quedó aquella pobre niña sin aliento, privada de sentidos, reclinándose sobre el pecho de su amante, abandonándose completamente : esta circunstancia fué favorable para el curandero, porque sin resistencia colocó el hueso en su lugar y concluyó su operación muy satisfecho; pero á Lorenzo le pudieron tanto los padecimientos de Refugito, que apretando el cuerpo de ésta contra su seno, se puso á llorar como una criatura, sintiendo un tormento tan cruel, que le embargó hasta el uso de la palabra. Cuando ella volvió en sí, ya se encontró acostada en su im-

provisado lecho, con el pie muy bien vendado, y sólo le molestaba algo la inflamación consiguiente que sobrevino, para lo cual le aplicaron con continuación defensivos de aguardiente, de los que participó Lorenzo para aliviar sus contusiones.

D. Cleofas se despidió muy contento de haber quedado bien, y mucho más por la buena propina de diez pesos que le dió Lorenzo diciéndole : — Cuidado como cuenta vd. á alguno nada de lo que ha visto; ya sabe que yo sé pagar bien un secreto, y le suplico como amigo que esto se quede entre nosotros. — Pierda vd. cuidado, niño : yo jamás olvido que cuando me iban á matar en Santiaguito, su merced les metió muy á tiempo el caballo y se compró el pleito, dándome tiempo para escapar por aquellos breñales. Yo sé agradecer un favor, no soy ingrato, y si he tomado este dinero, es porque á fuerza de fuerzas me lo ha hecho coger.

Como á las cuatro de la tarde, Lorenzo, después de haber dado de comer á Refugito, la dejó recogida, aseguró en lo posible la entrada de aquel rincón excusado, y montando en su caballo se fué á buen paso para su casa.

Estaba D. Juan devanándose los sesos con mil tormentosos pensamientos, cuando percibió á su hijo que venía encumbrando la ladera paso á paso, muy tapado con su manga, silbando el Canelo.

— Éste viene muy tranquilo, se dijo; seguramente ignora lo de Jungapeo : averigüemos lo que me dijo el curandero. — ¿Te has bañado, Lencho? le preguntó D. Juan. — Sí, señor, cinco veces. — ¿Y cómo sigues? — Aliviado, señor padre.

Después de haberse apeado Lorenzo y que ambos entraron al despacho, D. Juan le dijo : ¿Por qué me excusas la verdad? ¿qué no me tienes confianza? — ¿Por qué me dice vd. eso, señor padre? — Porque esta mañana me encontré con Cleofas y me dijo yo no sé qué cosa de un hueso desconchavado. — Es cierto, señor, este huesito de la paletilla se medio descompuso, y con la mano derecha se tocaba el hombro izquierdo. — ¿Pero cómo estuvo eso? algún golpe, algún... — Una desgracia, padre mío : quién sabe qué tiene esa maldecida cuesta de Tepangareo, tan desgraciada para nosotros y nuestros amigos : á su merced le iba á sacar un ojo una rama de

guayabo; á D. Epitacio se le desquebrajaron las quijadas, y á mí por poco se me quiebra un brazo. — ¿Qué te sucedió, cuéntame? — Que me hizo ese penco del Tortuguillo la misma ensayada que á su merced: cuando yo iba más desprevenido, se espantó y dió tan soberbia salida, que no me dió tiempo para afianzarme; cuando yo quise buscarlo, ya se me había salido de las piernas, y ¡zas! di el zapotazo contra la cerca; y como metí el brazo se me torció este huesito y recibí todo el golpe en el cuadril: ese amargoso de Tortuguillo no se corrige, señor padre, es mejor dejarlo para la trilla, lo tusamos y que se vaya para el cerro á juntar con la manada.

Bien conoció D. Juan que su hijo mentía; pero recordó que él lo había hecho también, y sabía lo de D. Epitacio, con eso disimuló y prosiguió su indagación.

— Es que también me dijo D. Cleofas que esa pobrecita estaba en un grito. — Ha de haber vd. oído mal, señor padre, ó como nos llevamos, me querría dar ese apodo porque me hizo rabiarse, y la verdad hasta lloré como una mujer: duele mucho una desconchavada, señor, por eso lo diría irónicamente, para que me chongueara su merced.

Decía Lorenzo todo aquello con tal serenidad, que su padre quedó en la misma duda en que estaba. Después de la oración llegó Angel y comenzó á referir todo lo acontecido en Jungapeo, que lo había sabido de boca del mismo D. Epitacio, quien con segunda intención no excusó ningún pormenor. Todos escuchaban sorprendidos aquella ocurrencia; Lorenzo sabía que su padre no ignoraba sus relaciones con Refugio, y por lo mismo, juzgó necesario no manifestarse indiferente, por lo que, después de hacer repetir á su cuñado algunos detalles para demostrar que no tenía parte en la ocurrencia, se paró, comenzó á dar vueltas por la pieza á pasos largos, daba golpes sobre la mesa y exclamaba despechado: ¡Maldición! ¡maldición! Señor padre, ¡malditas sean las mujeres! Y se tiraba de cabellos con ambas manos. — ¿Qué te has vuelto loco, Lorenzo? ¿qué te sucede? — Que yo idolatraba á esa niña; que era el tierno objeto de un amor casto y puro; que me creía el más feliz de los hombres; que me juró ser sólo mía, y que mientras yo estoy adorando en sus encantos, ella, pérfida,

desleal, ingrata, se huye con otro. ¡Maldición! ¡maldición! ¡Reniego de mi amor! ¡Reniego de ella! ¿Quién se había de figurar que esa mujer que parecía tan inocente, abrigaba un corazón tan falso, y que sería causa de tamaño escándalo? ¡Y estas son las buenas, las virtuosas, las candorosas! ¡Maldición á todas!... Y se puso en la mesa con los codos apoyados en ella, teniéndose la cabeza con ambas manos fingiendo que sollozaba y soltando una que otra lágrima que por distinto motivo se le desprendía.

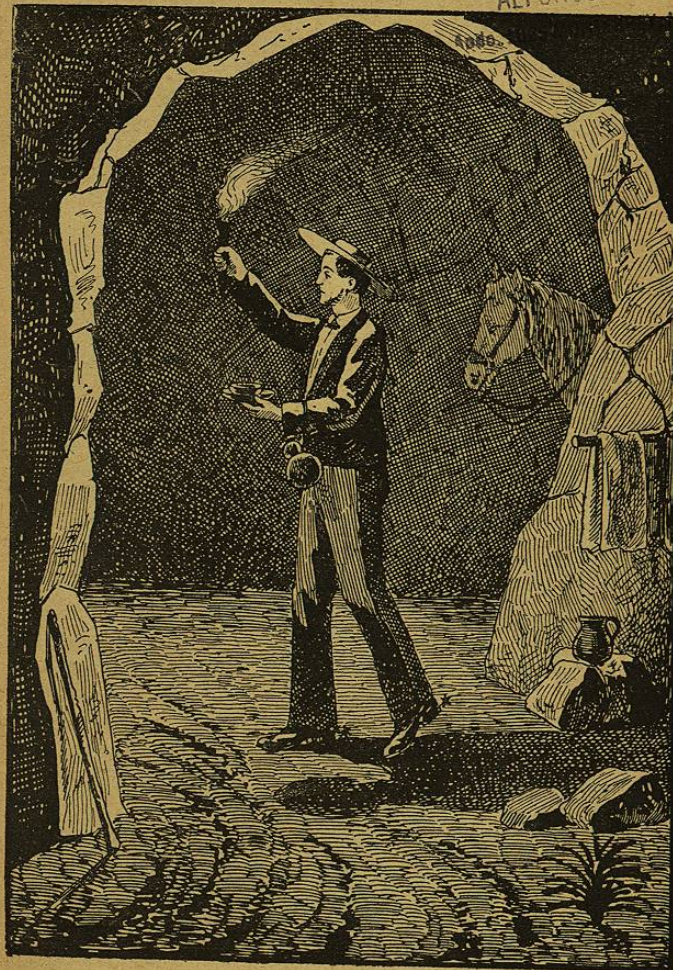
Su hermana, compadeciendo á Refugio mirándola acriminada de todos y maldecida de su amante, tomó su defensa diciendo: — No la maldigas, hermano, quién sabe si el pícaro de su tío por quedarse con los intereses y darte en la cabeza, ha fraguado estos enredos; es capaz de haber él mismo deshonorádola y hacerla aparecer criminal para quedarse con todo, y adonde ofrece quinientos pesos por saber dónde se halla, siendo tan vil y mentecato, es claro que él la tiene escondida y ninguno la ha de hallar; quién sabe si la habrá matado y ocultado en alguna barranca, es muy infame y capaz de hacer cuanto el diablo le aconseje, si no es que por ahí anda esa pobre niña sola desamparada, como es huérfana no encontrará ni quien se duela de ella.

— ¡Sabes, hermana, que puede haber algo de cierto en tus palabras! prosiguió diciendo Lorenzo que se paró como recapacitando; D. Epitacio es nuestro enemigo, á mí no me puede ver ni pintado, sabía que Refugio me correspondía, que tarde ó temprano sería mi esposa, y que yo le haría escupir cuanto se ha robado: ese hombre es un ordinario, codicioso, y de más á más ladino; tiene unas entrañas muy viles, la muchacha no pudo contrarrestarle, y sin duda esa pobre criatura es la víctima inocente de ese monstruo de infamia. ¿Y yo que era la única persona con quien ella contaba en este mundo, podré ver que así no más se sacrifique, y estar de frío espectador, cuando todo el pueblo está con ansia esperando ver el término de este negocio? sería una vileza, una cobardía. Señor padre, déme vd. su licencia, voy á buscarla, voy á ver si llego á tiempo de protegerla para que ese hombre perverso no se burle de ella ni se ría de mí, ¿qué dice vd., señor padre?

— Yo no te digo nada, ni te autorizo á que la busques, ni te impido el que vayas á buscarla.

— Pero si yo no la amparo, ¿quién quiere vd. que lo haga, cuando es una pobre huerfanita, sin ariente ni pariente? Yo la he amado con extremo, y si me empeño en irla á buscar, es porque ya no puedo sufrir que sea el juguete de su tío, estoy determinado, y si la encuentro y me convengo de que es inocente de todo lo que le achacan, que es tan pura y candorosa como siempre, me la llevo derechito, derechito, para el curato á depositarla en poder de mi padrino, ó me la traigo para acá para que vd. arregle cuanto antes nuestro casamiento, ese es el único remedio que esto tiene; déme un consejo, señor padre, ¿qué hago? — Te repito lo que antes, ni autorizo ni te impido, y tratándose de matrimonio menos debo de aconsejarte. — ¿Pero por qué me abandona vd. ahora que necesito de su apoyo, que imploro su favor?

— Porque en el estado en que estás desconocerás mis palabras, tienes la cabeza llena de vanas ilusiones, y me temo que no te convenzas con la razón; serénate tantito y hablaremos, ya vuelvo, y se salió para afuera á atar cabitos, pues no dejó de percibir la confianza con que dijo que si la hallaba la llevaría derechito para el curato. Entró á poco rato, le hizo repetir á su yerno lo ocurrido en Jungapeo, y agregó: La cosa no es tan sencilla como te has figurado, hijo mío; el grande escándalo que ha armado D. Epitacio haciendo que la justicia tome parte en este negocio, ha hecho una publicación completa del descrédito de esa niña, hasta el extremo de ponerla á precio cual si realmente fuera una depravada criminal, naturalmente esta campanada va á resonar no sólo en el pueblo sino por todo el valle, pues los codiciosos buscadores no han de dejar rincón que no registren; si no parece queda esa mancha en el honor de esa niña viva y fresca, sin que nadie no sólo la disimule sino que ni la compadezca, pues y si parece, será su presencia averiguada de todos; luego que la vean se formarán mil suposiciones desfavorables, la señalarán con el dedo, será objeto de la mofa, del escarnio, y el tío fingiendo delicadeza se mostrará ofendido, tratará de hacer lo mismo que con ese infeliz del tal Plácido, ambos tienen igual



Terrible sorpresa.

delito, y será capaz de querer meterla hasta en una casa de corrección. Ahora bien, si por una casualidad tú la encuentras y te la llevas para el curato, ¿con este hecho podrás satisfacer todas las dudas, desvanecer justificadas pruebas que tanto á ella como al Plácido condenan? La navaja que alzó el juez en el escalamiento; la cigarrera entre la ropa de la niña, en su propia recámara, las huellas tan justificadas en la calle, los seis testigos de que faltó de la casa esa misma noche, y cuantos pormoneres se han acumulado en su contra.

¿Qué papel irás haciendo cuando nadie ignora nada, al ir saliendo como un tercero en discordia, cargando sobre sí á más de todas esas afrentas la de un necio, un tonto, un... No sé cómo explicarme; has olvidado el dicho de que la mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre por la palabra: el honor de una mujer es un espejo que todo el mundo debe ver siempre limpio; el de esa pobre niña, por una fatalidad, yo no la culpo, se ha empañado de una manera horrible; pues, hijo mío, querido Lorenzo, en un espejo semejante no se verá nunca la cara un hombre de bien. Por otro lado, también suponiendo que la hallaras y te la trajeras para acá, serían peores las consecuencias, pues á más de ponerte en evidencia me meterías á mí y á toda la familia en un laberinto interminable; harías resucitar antiguas querellas, la deshonra contagiaría mi casa y quién sabe cuál sería la terminación de este negocio; tú comprendes lo comprometido de la situación, conoces mi delicadeza en este punto, y para concluir sólo te advierto que si quieres conducirme al sepulcro y que terminen mis tristes días en la mayor amargura, vayas á buscar á esa niña y hagas por encontrarla; esta es definitivamente mi opinión, ahora obra como te parezca, ya cumpliste veintidós años y no te creo falto de discernimiento. — ¿Pero, señor padre, qué hago? ¿Podré ver con ojos serenos que se llene de oprobio á un ángel lleno de candor, á la imagen de mis ilusiones, á una infeliz criatura que sacrifican á la vil codicia de la manera más infame? Aun cuando no fuera por el amor que le he tenido sino sólo por la amistad, creo que estoy en el deber de hacer algo por ella.

— Pues mira, Lorenzo, para que no entiendas que es un capricho mío, una preocupación mal entendida, una ridícula deli-

cadeza, ni que quiero contrariar tus inclinaciones, haremos una cosa. — ¿Cuál, señor padre? — Vé mañana después de bañarte á la villa, reunes á tu padrino el señor cura y á tu maestro, les cuentas todo lo ocurrido pidiéndoles su opinión, y lo que esos señores resuelvan, eso haces al pie de la letra, ambos son para mí personas de luces, y humilde respetaré su parecer.

— Corrientes, señor padre, corrientes, así lo haré, déme vd. un abrazo pues conozco que me quiere. Mira, hermana, dispón de una vez lo que he de llevar para desayunarme en Porua después del baño. Y cuanto antes todos procuraron recogerse.

Acostado en su cama, siguió D. Juan haciendo su comentario diciéndose á sí mismo: Qué bien me dijo mi buen amigo D. Primitivo, que este muchacho tan fogoso y que parece tan vivo, no tiene ni brizna de malicia; solito él se ha estado entregando sin advertirlo; ya tengo toda la maraña del hilo asegurada, sólo me falta la punta y no tardaré en afianzarla: con qué facilidad del despecho pasó á la reflexión y ha quedado muy conforme con ir á consultar, acostándose con una tranquilidad envidiable.

Es imposible que haya sido el último en saber esa ocurrencia, ¿y un joven de su edad y condición, á quien le roban su novia, se había de entretener en curarse las reumas y en ir á pedir opinión? No en mis días por cierto, ya yo hubiera alborotado medio mundo, reventado caballos y buscádola hasta en el rincón más escondido, atropellando con todo.

El asunto es verdaderamente delicado, ha tomado un carácter muy comprometido, este muchacho no sabe disimular, no tiene mundo, y en obvio de que no le vaya á parar en un resultado funesto, necesito tomar parte activa en el negocio á ver si consigo salvarlos.

También Lorenzo por otro lado hacía su composición de lugar. — Me levanto muy temprano, se dijo, con el pretexto de ir á Porua; me voy á darle su desayuno á esa pobrecita; en un galope estoy en la villa; reuno á esos señores; les digo la verdad; que ha sido todo una desgracia; que las circunstancias me obligaron á dar ese paso; que la niña está inocente, pura; mi maestro sabe y muy bien advirtió que nos amábamos; conoce sus virtudes; se empeña por mi bien, y ya parece que escucho su opinión: Cásate, Lorenzo, cástate. Además de que también mi pa-

drino conoce y sabe todo eso, le deben corresponder sus derechos, y como pastor y cura, á fuerza me dirá lo mismo: Cásate, ahijadito, cástate. Esto es infalible, yo no sé cómo se le fué á mi padre su santo al cielo con sujetar su parecer al de esos señores, pues á decir verdad, tiene sobrada justicia en oponerse á mi casamiento, es muy pundonoroso, y todo lo ocurrido no presenta á primera vista más que lo más feo y horroroso, según se ha puesto de confuso y enredado. Cuál será su sorpresa al ver que los jueces á cuyo fallo se ha sujetado, me dan á mí la razón y echan á un lado los fundamentos de su repulsa. ¿Pero y si mientras yo voy á la consulta alguno la encuentra y se la lleva para ganar tan buen hallazgo? No, por ese lado no hay temor: como suponen que se ha llevado dinero, creen que ha de haber procurado alejarse, y no puede estar más segura en ninguna parte, pues como está esa cueva tan inmediata al pueblo, casi en el camino real, es tan fácil penetrar en ella, que á nadie debe infundirle la más leve sospecha. Como juzgo que esa consulta me ha de ser favorable, por sólo unas cuantas horas será el riesgo, porque inmediatamente y á la luz del día me la llevo para el curato, y ya que esté aseguradita allí, me vengo para Jungapeo á jugarle á D. Epitacio un petardo, dándole noticia de su sobrina y exigiendo desde luego los quinientos pesos á que se comprometió judicialmente. Le voy á clavar á ese infame una banderilla que hasta ha de bramar de cólera.

Muy de madrugada se levantó Lorenzo, cargó su desayuno y se marchó para Capirio; pero mucho antes ya lo esperaba oculto su padre detrás de unas Huenvas, á la entrada de la cañada.

Lo vió subir por la ladera de la cueva, y tomó á pie la de enfrente, dejando oculto su caballo entre la cañada del arroyo de la Agua Zarca. Cuando llegó á situarse frente á frente, notó el caballo de su hijo amarrado dentro de la cueva en uno de sus rincones. Después de un rato largo salió Lorenzo, cortó con su puñal una rama de ziranda y formó un bordón, volviéndose á meter acabándolo de recortar: por fin se fué apareciendo con Refugito apoyada en uno de sus brazos, llevando con la mano derecha su bordón, muy ajeno de que la estaba paseando á la vista de su padre: con el mayor tiento

estuvo haciendo que diera unos pasitos para probar si había quedado bien curada.

Convencido D. Juan de que ya había encontrado la punta del hilo, se fué ocultando por los matorrales, montó en su caballo y llegó á su casa, volviendo también Lorenzo cerca de media hora después, muy satisfecho de que nadie lo hubiera visto, remudó, besó la mano á su padre y arrancó para la villa, contentísimo de que hasta allí todo iba perfectamente; pero de repente paró su caballo y reflexionó: — Si tal vez esos señores no quieren que la conduzca de día, bueno será advertirle á mi padre que no me espere, pues cuando le venga á decir sus pareceres, será cuando ya ella esté transportada al curato. Y se volvió diciéndole á D. Juan: — Señor padre, si acaso por una contingencia no puedo desde luego reunir á esos señores y tengo que esperarme hasta la noche, allá me quedo; por lo que si á la oración no estoy aquí de vuelta, no me espere su merced, ni tenga cuidado por mí. — Está bueno, Lencho, está bueno, haces bien de advertirlo.

Partió segunda vez, y su padre á una vista lo fué siguiendo, hasta que convencido de que llevaba buen camino, se volvió á media rienda para la cueva.

CAPÍTULO IV

Sorpresa. — Voló la paloma. — El padre adoptivo. — Noches toledanas. — Propósito. — Lorenzo el aguardentero.

Al salir D. Juan para el camino real quiso la casualidad que se encontrara con el patrón de la hacienda, el coronel D..., que con sus criados, avío, caballos de mano, etc., iba de camino para Zinapécuaro. Se conocieron de muchos años atrás que fueron insurgentes y conservaban muy buena amistad. — ¿Adónde va tan carrera, amigo D. Juan, que parece que va dando alcance á los de Tres Villas, ó que le vienen picando la retaguardia los Tamarindos del Rey. — Así parece, mi coronel, según el afán que tengo para ocultarme y andar listo. — ¿Qué le sucede? lo veo medio azorado y ha de ser cosa grave cuando vd. quiere ocultarse y andar listo, según me dice. — Es un gran cuidado, señor. — Pues cuente con un viejo amigo que lo ama, con cuanto tengo y con cuanto valgo, ¿qué le ocurre? — Una fatalidad, mi coronel, una desgracia. Ese muchacho, mi hijo Lorenzo, no sé cómo, se ha sacado de su casa á Refugito, la sobrina de D. Epitacio. Y relató todo lo que se decía en Jungapeo. — Efectivamente, así me lo han contado; pero no me hicieron mención de Lorenzo sino de otro que estaba ya en la cárcel, y la verdad, no ha dejado de molestarme semejante cosa, porque tenía formado distinto concepto de esa niña; pero según lo que vd. me dice, Lencho es el raptor y anda vd. mirando cómo los pilla: andarán por ahí prófugos y... — No, mi coronel, el muchacho es tan inocentón, que solito se me ha delatado sin advertirlo. Y refirió al coronel la segunda parte del caso. — ¿Y ahora, dijo éste, qué piensa vd. hacer, amigo D. Juan? — No sé, mi coronel, no hallo qué corte darle á este negocio. Esta niña está expuesta á